PRESENTACIÓN

La presente compilación es resultado de tres mesas redondas que organizamos para el XXIII Congreso Internacional de la *Latin American Studies Association* (LASA), realizado en Washington DC, del 6 al 9 de septiembre de 2001. Las tres mesas fueron convocadas en el marco de la preparación del *Latin American Cultural Studies Reader* en el que los tres nos encontrábamos trabajando y que saldrá publicado próximamente por Duke University Press. La idea de estas mesas era propiciar un debate sobre una serie de problemas acuciantes por entonces —y quizá lo sigan siendo aún hoy— a las humanidades y a las ciencias sociales, y reflexionar sobre el generalizado sentimiento de crisis y malestar que aquejaba y aqueja a los estudios culturales latinoamericanos en forma muy particular. La alta concurrencia de las mesas, la continuación de los debates allí planteados en bares y pasillos, y la reiterada pregunta acerca de dónde se recogerían aquellos trabajos por escrito, nos convencieron en poner manos a la obra. Luego, el entusiasmo de los mismos participantes y el generoso ofrecimiento que nos hiciera Mabel Moraña de las páginas de *Revista Iberoamericana*, hicieron posible la presente publicación. Debido al fuerte carácter polémico de algunas ponencias y al intenso debate generado posteriormente, era imperioso que cada participante tuviera la posibilidad de revisar su presentación original —que debido a la modalidad de trabajo de las mesas redondas, en muchos casos ni siquiera habían sido formalmente escritas—, e incorporar los comentarios, remisiones y rectificaciones que cada participante considerase pertinentes. Invitamos a que nos enviaran su trabajo escrito a todos los que participaron en las mesas. Debido a un compromiso previamente contraído con *Nuevo Texto Crítico*, el texto de Néstor García Canclini aparecerá en un próximo número de dicha revista; lamentablemente, la ponencia de Julio Ramos no ha llegado a tiempo para ser incluida en este volumen. Más tarde, por razones editoriales, resultaba conveniente ampliar el volumen, lo cual nos permitió solicitar colaboraciones a algunos colegas que habían participado activamente en los debates sostenidos en Washington, aunque no como miembros de las mesas redondas. No todos pudieron participar debido a la perentoriedad de los plazos, pero somos afortunados en contar con la colaboración de Santiago Castro-Gómez, Jesús Martín-Barbero y Marc Zimmerman. Indudablemente, esta expansión no prevista originalmente nos permite incorporar otras versiones que enriquecen y complementan el tratamiento de los temas en debate.

Como ocurre siempre en este tipo de situaciones, los marcos de referencia fijados con antelación pueden ser confirmados, modificados o refutados a lo largo de la marcha. El congreso de LASA 2001 estará siempre signado por el 11 de septiembre, que golpeará tan cerca de donde estuvimos reunidos apenas un par de días antes. Nuestra labor crítica y académica, atravesada ya entonces por múltiples crisis, no podía salir inmune de tremendo sacudimiento, tal como reflexionan varios de los trabajos aquí reunidos muchos de los cuales, al incorporar un balance de lo que allí fue presentado y discutido, o responder al debate subsiguiente, difieren en proporciones variables de las ponencias originalmente presentadas. Por ello, creemos necesario realizar un breve esbozo de las problemáticas que nos congregaran en un principio, para luego trazar un rápido panorama de los textos que conforman el presente volumen, dos instancias que sin duda alguna deben leerse complementariamente.

ANTES DE WASHINGTON

La primera mesa llevó el título de “Los estudios culturales latinoamericanos: tradición y ruptura” y estaba conformada originalmente por Jesús Martín Barbero, Silviano Santiago, Carlos Monsiváis, Julio Ramos y Mabel Moraña. Lamentablemente no pudimos contar con la presencia de los dos primeros, pero pudimos tener entre nosotros a Daniel Mato. Quisimos comenzar con este tema por la necesidad de definir, delimitar y cartografiar las genealogías de los estudios culturales latinoamericanos. Tarea nada simple, aunque suela querer limitárseles afirmando que los estudios culturales latinoamericanos son una mera copia del modelo inglés y norteamericano de los *Cultural Studies*. Una de nuestras proposiciones centrales es que, si bien los estudios culturales latinoamericanos constituyen un campo crítico-epistémico en disputa inserto en un escenario global, no pueden ser cabalmente explicados, y mucho menos entendidos, sin atender a su anclaje histórico en la materialidad económica, social y cultural latinoamericana; de lo cual se desprende que, a pesar de las argumentaciones en contrario, los estudios culturales latinoamericanos no son tanto producto de rupturas epistemológicas como de continuidades históricas concretas.

Nos interesaba reclamar la trayectoria política y el espacio epistemológico específico de los estudios culturales latinoamericanos, no como una rama de unos estudios culturales supuestamente universales, ni como un suplemento de los *Cultural Studies* británicos o norteamericanos, ni como una imposición lisa y llana del mercado teórico transnacional, ni como una actualización a lo post-, pues aún cuando operan dentro de la globalización y en respuesta a ella, los estudios culturales latinoamericanos están imbuidos de un manejo de metodologías, paradigmas crítico-teóricos y constelaciones ideológico-políticas forjados en distintos momentos de la amplia trayectoria del pensamiento y la crítica cultural en y sobre América Latina.

Para mostrar esto, y sin el ánimo de proponer una manera prescriptiva de entenderlos, creemos necesario delinear los ejes de nuestra interpretación. Los estudios culturales latinoamericanos son, a nuestro entender, un campo de reflexión configurado desde la tradición crítica latinoamericana, que se mantiene en diálogo constante, muchas veces conflictivo, con escuelas de pensamiento occidentales como lo son el estructuralismo

francés, el pos-estructuralismo y el posmodernismo; la lingüística, la antropología y la sociología de la cultura; la escuela de Frankfurt y la teoría de la recepción; la semiótica y el feminismo; y, más recientemente, los estudios culturales en sus vertientes angloamericanas. Paralelamente, la larga e importante tradición del ensayo de ideas en América Latina tiene mucho que ver con el trabajo que comienza con Bello y Sarmiento y aún no termina, sin descartar los presupuestos encerrados en tendencias crítico-teóricas tan importantes como la crítica de la dependencia, la pedagogía del oprimido, la teología de la liberación o las teorías específicamente atinentes a la problemática cultural, como la transculturación o la heterogeneidad, variantes particulares más recientes de ese pensamiento.

En este contexto, le propusimos a los participantes reflexionar y, de ser posible, establecer su posición respecto a las siguientes preguntas: ¿los estudios culturales latinoamericanos representan una ruptura o una continuidad dentro de la reflexión cultural en América Latina? ¿O significan ambas cosas, rupturas y continuidades? ¿Qué tradiciones continuarían, tanto endógenas como exógenas? ¿Por qué importaría recuperar ciertas tradiciones del “pensamiento latinoamericano” y no otras? ¿Qué implicaciones ideológicas, teóricas, metodológicas o epistemológicas tiene poner el énfasis ya en la ruptura ya en la tradición?

A la segunda mesa fueron inicialmente invitados Jean Franco, Renato Ortiz, Alberto Moreiras, George Yúdice y Román de la Campa; de nuevo estuvieron ausentes los dos primeros. El título esta vez fue “Los estudios culturales latinoamericanos: ¿institucionalización académica y/o intervención política?”, con el cual procurábamos volcar la reflexión sobre uno de los temas que mayor polémica despertara en los años noventa, y que dividiera el campo en múltiples direcciones. La cuestión política, indudablemente central a los estudios culturales, y los efectos de su institucionalización académica, fue vinculada a la también compleja problemática de la índole del “latinoamericanismo” y los estudios de área. ¿Es el “latinoamericanismo” un “aparato disciplinario”, una “comunidad de discursos transnacionalizados”, una “práctica socio-epistémica de solidaridad”, una “ideología” más al servicio de proyectos desarrollistas, un campo de lucha cultural, un horizonte utópico? Temas todos capitales que requerían una urgente revisión, para lo cual convocamos a estos prestigiosos colegas.

Es indudable que los *Cultural Studies* anglosajones, desde sus orígenes en los años cincuenta hasta su difundida popularidad en los noventa, acompañan y responden a los procesos de revolución tecnológica, expansión y flexibilización del capital financiero y reorientación general de la economía referidos como globalización. Pero, ¿qué práctica cultural o discurso crítico podría hoy reivindicar una falta de contaminación frente al mercado? Aún cuando expresen la lógica cultural del capitalismo transnacional, o precisamente por ello, todos estos discursos y prácticas exceden, problematizan y cuestionan dicha lógica: escenifican, si se quiere, la convulsionada conflictividad social y cultural que ella misma activa. Pero, insistimos, los estudios culturales latinoamericanos no se originan como réplica, traducción o aclimatación de los *Cultural Studies*; más bien, cobran forma en la intersección del pensamiento crítico cultural latinoamericano y la ironía auto-reflexiva posmoderna en momentos en que la globalización alcanza en América Latina un grado cualitativamente superior. Los estudios culturales latinoamericanos

constituyen, en tal sentido, una respuesta hermenéutica y crítica a la globalización, al intentar dar cuenta del neoliberalismo, de la sustitución de los nuevos modos de hacer política a través de un modelo de democracia telemática y consumista, y del valor agregado que adquiere lo cultural en la cotidianidad social y política como consecuencia de la nueva centralidad económica de lo simbólico. Por ello, le preguntamos a los participantes de la mesa, primero, cuál sería el balance de los estudios culturales latinoamericanos luego de la intensidad teórica de los años noventa y, luego, si resultaba que los estudios culturales latinoamericanos se habían institucionalizado en la academia norteamericana, como sostienen muchos, ¿cómo se manifestaría dicha institucionalización en América Latina y qué efectos tendría sobre la práctica intelectual en tan distintos lugares de práctica y enunciación? ¿Cómo evitar la institucionalización académica? ¿Es resistible?, ¿no sería incluso favorable para implementar nuevas estrategias políticas? ¿Pensaban que los estudios culturales latinoamericanos habían fracasado en tanto intervención política? ¿Por qué? ¿Se debería dicho fracaso a su supuesta institucionalización o cabrían otras explicaciones? Obviamente, el tema de fondo era el papel y el futuro del intelectual y el académico en estos procesos, tanto en los Estados Unidos como en América Latina, y la pregunta clave era ¿cómo pueden los estudios culturales latinoamericanos contribuir a un proyecto cultural de izquierda en América Latina en tiempos de globalización?

La última mesa pretendía redondear el balance realizado por las dos primeras a partir de un título provocativo que evocaba, no sin cierta ironía, el famoso poema de Enrique González Martínez, “¿El canto del cisne?”. En este caso tuvimos la suerte de contar con todos los invitados: John Beverley, John Kraniuskas, Néstor García Canclini, Nelly Richard y Walter Dignolo. Partíamos, para esta mesa, de la urgencia estratégica en recuperar y reformular el pensamiento crítico cultural latinoamericano, para lo cual, creemos, los estudios culturales latinoamericanos constituyen un espacio crítico de primordial importancia y renovada vigencia. Todo ello no obstante que estemos viviendo muy posiblemente el fin de los estudios culturales latinoamericanos tal como hasta ahora los hemos entendido. Pero el estudio, la reflexión y la crítica de la cultura en América Latina seguirán adelante, no importa bajo qué nombre. Por eso quisimos arrancar con estas tres preguntas: ¿cómo caracterizarían la situación actual? ¿Estaríamos entrando en una nueva etapa de los estudios culturales latinoamericanos o estarían estos llegando a su fin? Y de ser este el caso, ¿cómo podríamos caracterizar la etapa que culmina? Preguntas a las cuales deberíamos agregar si es inevitable la globalización de los estudios culturales latinoamericanos, o si, por el contrario, no ha habido siempre cierta “globalización” en materia teórica e intelectual. Pues, ¿hasta dónde pueden los estudios culturales latinoamericanos ser considerados un instrumento epistémico de y a la medida de la globalización? o son, por el contrario, una respuesta crítico-hermenéutica a la centralidad social, económica y política que adquiere lo simbólico en el capitalismo informático, u operan como instrumento ideológico al servicio de la cultura mediática transnacional. ¿Desarticulan antiguos modelos neo-coloniales o constituyen un nuevo dispositivo en la distribución transnacional del trabajo intelectual? Frente a esto, ¿cuáles serían las tareas actuales para enfrentar los desafíos de la globalización? ¿O es esta inevitable? ¿Cómo promover, entonces, un verdadero diálogo norte-sur que eluda las trampas del

Panamericanismo en sus distintas pieles? ¿O es el Panamericanismo el futuro, y hasta quizás deseable?

Una vez establecidas, hacia el fin de los años ochenta, las principales líneas teóricas, metodológicas y temáticas del campo, los noventa —que establecieron la hegemonía relativa de variantes discursivas provenientes de la academia norteamericana— nos depararon una actividad teórica y crítica febril, exigente, que empujaba en la mayoría de los casos las fronteras del conocimiento más allá de los márgenes acostumbrados, al mismo tiempo que se desataban acerbos debates entre posiciones no siempre disímiles. Todo esto condujo a una cierta implosión del campo por sobresaturación metateórica y metacrítica, lo que explicaría el actual sentimiento generalizado de incertidumbre, fatiga y desorientación. Teníamos la impresión de que muchas de las propuestas teórico-críticas habían llegado a su techo, y la prueba estaría en los desplazamientos críticos, las revisiones teóricas y los reacomodos de posición de muchos actores en los últimos tiempos, indicios todos de una eventual reconfiguración del campo, como se comprobó en el fuego cruzado entre distintos panelistas, sobre todo en la última mesa, cuyo clímax sería, luego del dramático anuncio, por parte de Beverley, de la disolución oficial del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano, la respuesta airada de García Canclini, sellando el “fin de las alianzas”, y la más indulgente de Richard, señalando la diversidad de caminos futuros. Todo ello probaría, confirmando nuestras hipótesis iniciales, la crisis de ciertos proyectos, cuyo agotamiento, tal vez definitivo, no implica de ninguna manera, como pretenden Moreiras y Beverley, por ejemplo, el agotamiento de los estudios culturales latinoamericanos, que como advierten Martín Barbero y Zimmerman, entre otros, seguirán adelante, no importa bajo que rótulo.

DESPUÉS DE WASHINGTON

Los textos que hemos recogido en el presente volumen están atravesados por problemáticas y cuestionamientos similares, sin embargo, cada uno de ellos responde desde *loci* inscritos en contextos particulares y luchas muy concretas. Con respecto a las similitudes es inevitable constatar un sentimiento de impotencia generalizado tanto desde América Latina como desde la academia estadounidense: tan pronto estamos en condiciones de avizorar y esbozar posibles alternativas, los múltiples agentes del neo-capitalismo tardío metamorfosean los contextos a tal punto que nos dejan nuevamente desnudos y obnubilados.

La incisiva pregunta sobre la reflexión e intervención política que debería acompañar a los estudios culturales latinoamericanos pareciera haberse hecho aún más determinante a partir de los sucesos del 11 de septiembre, y así ha quedado registrado en las páginas de muchos de estos textos. Otro aspecto, alentador bajo las premisas de nuestro proyecto, es que pareciera haber finalmente un consenso a partir de la particularidad de los estudios culturales latinoamericanos, es decir, que van dejando de ser percibidos, al menos entre los integrantes de estas mesas, como algo externo a los propios procesos y campos de fuerzas latinoamericanos. Hagamos una somera revista de los textos aquí incluidos.

Las palabras de John Beverley serán ante todo recordadas como endecha y panegírico por la formal disolución del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano. El comprensible gesto de dolor se convierte, en sus manos, en una estrategia retórica cuyo propósito central es convertir la derrota institucional en victoria ideológica, vindicando la vitalidad *post mortem* del concepto de “subalterno”. Al dramatismo del anuncio, habría que resaltar el tono melancólico con el que Beverley demarca las semejanzas y diferencias de las posiciones del Grupo con respecto a otros proyectos que, con nombre y apellido, compitieron a lo largo de los 90 por la hegemonía dentro del campo de los estudios culturales latinoamericanos.

Si bien el texto de Santiago Castro-Gómez es una reseña sobre *Apogeo y decadencia de los estudios culturales* de Carlos Reynoso, el diálogo entablado con sus hipótesis lleva al primero a proponer una serie de revisiones críticas de las creencias más divulgadas sobre los estudios culturales en América Latina. Dos preguntas-eje organizan el contrapunteo presentado en este trabajo: la contribución teórico-metodológica de los estudios culturales y su naturaleza supuestamente libre y anti-disciplinaria. Después de analizar ambos casos, Castro-Gómez concluye que “a pesar de sus deficiencias, los estudios culturales han contribuido positivamente al desafío contemporáneo de abrir las ciencias sociales”, conformando así “un área común de conocimiento” y estableciendo “puentes entre distintas disciplinas” que generaron un “positivo ‘efecto de retorno’”.

En “Embajadas de la fuga y pensadores académicos”, Román de la Campa reflexiona sobre una paradoja de consecuencias imponderables hasta el momento: la crisis del poder disciplinario que comenzara muy tempranamente en los 80 acabará normalizándose en su propia fuga, ergo institucionalizándose a partir del quiebre epistemológico posmoderno que actúa como dispositivo de re-territorialización del capital simbólico acumulado durante las últimas décadas. Esta re-territorialización corre el riesgo de desembocar en una “política sin telos”, en un proceso destructor *ad infinitum* sin dejar posibilidad a la “construcción de metas comunes y nuevos imaginarios”, perjudicial en última instancia para cualquier estatuto epistemológico y académico que corporice los estudios culturales, ya sea en Estados Unidos o en América Latina.

“Gobernar es re-poblar” de John Kraniauskas parte de una constatación doble: por un lado, acepta que el “marxismo ha sido fundamental en la constitución de los estudios culturales”, pero critica el hecho de que “su presencia teórica mediadora ha sido enterrada”. Para tratar de reinsertar este olvido que no es casual, Kraniauskas propone articular el concepto marxiano de “acumulación originaria” al “concepto de transculturación” a partir de tres ejes fundamentales para la comprensión de nuestra época actual: “razón imperial”, “globalización disyuntiva” y “desvanecimiento de identidades de clase”, proponiendo así nuevos senderos de investigación dentro del campo.

“Identidad, tecnicidad, alteridad”, de Jesús Martín-Barbero, reflexiona sobre los efectos de la globalización en las sociedades latinoamericanas, notablemente agudizados con los hechos del 11 de setiembre, que amenazan con más prejuicios raciales, más odios interétnicos y más violaciones de los derechos humanos. De tal modo, mientras la globalización concentra el poder económico, desterritorializa las culturas, y termina convirtiendo el *revival* de las identidades en un producto muy rentable, presenciamos un recrudecimiento de la intolerancia y la xenofobia. Las nuevas tecnologías mediáticas, al

desplazar el lugar de la cultura, producen una suerte de saturación informativa que desinforma y promueve el des-conocimiento de lo diferente, un saber instrumental al servicio de una nueva concepción del trabajo y del trabajador basados en la precariedad, la flexibilidad y la competitividad. Sin embargo, el Foro Social Mundial de Porto Alegre es para Martín-Barbero una esperanzada respuesta a la globalización, proponiendo nuevas utopías políticas y formas alternativas de comunicación e información capaces de superar la mercantilización y la censura, y anunciando así un nuevo espacio público y nuevas formas de ciudadanía.

El texto de Daniel Mato denuncia la institucionalización de los estudios culturales latinoamericanos en América Latina, en forma concurrente a la de los *Latin American Cultural Studies* en EE.UU., una expresión más del proceso de transnacionalización hegemonizado por la producción crítico-teórica en inglés. A esa hegemonía de la lengua inglesa corresponde, según Mato, una indebida hegemonía de la idea de “estudios”, inadecuada para definir un campo de “prácticas intelectuales” cuyo carácter político, así, se diluye, excluyendo toda una plétora de prácticas sociales y artísticas plurales. Aun cuando reconoce que los “estudios culturales” han contribuido a romper la estrechez de pensamiento y otras viejas taras, le inquietan por lo que tienen de “autocolonización intelectual y desarticulación de redes locales”. Aclara que, por supuesto, el problema no es de vocabularios, pero propone, sin embargo, utilizar la denominación de “Campo de Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder” que permitiría romper con el academicismo que acompaña, casi inevitablemente, a los estudios culturales latinoamericanos.

“Estudios culturales: geopolítica del conocimiento y exigencias/necesidades institucionales” de Walter Mignolo, reflexiona con intención genealógica sobre los problemas más acuciantes de los estudios culturales en general y de los estudios culturales latinoamericanos en particular. Enfatiza la necesidad de separar estratégicamente “la dimensión institucional de los estudios culturales y los proyectos intelectuales que se cobijan bajo el nombre (o que usan ese nombre para cobijarse)”. En otras palabras, sería imprescindible, para Mignolo, distinguir las razones —instrumental y estratégica— que fundamentan la apertura de programas académicos interdisciplinarios, ya sea en Estados Unidos como en América Latina, de las exigencias y deseos —razón crítica— inherentes a los proyectos intelectuales ligados a contextos concretos y específicos. Por ello, Mignolo concluye que “la política y la ética de la investigación no pueden ser la misma cuando estos ‘estudios’ se practican” en distintas zonas geopolíticas.

Carlos Monsiváis en “De cómo vinieron los estudios culturales y a lo mejor se quedan” presenta, irónicamente, el inevitable auge de este campo de estudio como síntoma “de las varias crisis del universo académico”. Es evidente que los estudios culturales *qua* “alternativa inesperada” abren una “zona experimental necesariamente indefinible”. Lo que caracteriza a estas prácticas en América Latina es, según Monsiváis, “el equilibrio entre la despolitización con afanes de significación y la politización que ansía modernizarse”. A fines de siglo, la demanda de entretenimiento y la rentabilidad editorial —el “Mercado Libre” con sus rituales y cultos a los *bestsellers*— determinan así los criterios de construcción del canon, mientras la crítica literaria y su consecuente producción de valores se disuelven entre las grietas.

En “Estudios culturales, acción intelectual y recuperación de lo político”, Mabel Moraña enfatiza la necesidad de proponer “nuevas políticas educativas” frente a los procesos de “des-territorialización académica”. La estanflación teórica de los 90 hace que los estudios culturales estén fallando en su “grado de exploración y productividad epistemológica”, en “su rendimiento concreto” y “cualidad revulsiva”. Frente a una familiar paradoja—mayor cantidad de aportes y menor calidad de innovaciones—, la tarea del intelectual en su práctica culturalista es recuperar la dimensión de lo político. Si el “agotamiento de los recursos disciplinarios” se postula como síntoma de “las transformaciones radicales del espacio social transnacionalizado”, la emergencia de múltiples agendas sectoriales, “más reivindicativas que políticas”, de acuerdo a Moraña, multiplican las preguntas y los desplazamientos que inevitablemente incapacitan la “verdadera intervención e interpelación política”.

En “Retirar la cultura (II)”, Alberto Moreiras propone, ante la crisis del campo, “iniciar un trabajo no calculativo sino conmemorativo o evocativo”, es decir, retirar la cultura, como mega-significante de la razón calculativa en constante circulación, hacia un campo de reflexión infiltrado por una “temporalidad otra”, a partir de la cual sea posible pensar aquello que lo cultural “evoca o conmemora en retirada”. En otras palabras, reflexionar sobre la tonalidad afectiva del fracaso, la ruina, los fragmentos reconfigurados ahora es moneda corriente de nuestras inversiones laborales. Si el “fin de las alianzas” anunciado por García Canclini sólo corporiza una de las tantas facetas que la “facticidad neoliberal” produce debido a la implementación de políticas de la amistad-enemistad, la propuesta de Moreiras de radicalizar aún más el pensamiento no acomodaticio *qua* alternativa al modelo neoliberal, no evitaría fantasmagóricamente o “en retirada” que su vuelo nocturno dejara de jugar el juego o de evocar calculativamente huellas perdurables.

En “El conflicto entre las disciplinas”, Nelly Richard critica la complicidad de lenguajes subyacentes al gesto de no-clausura que la transdisciplinariedad parecería implementar. Por ello, propone sospechar de las mezclas ilimitadas y los cruces flexibles que producen tanto la hibridez como el nomadismo predominantes en el neocapitalismo. Después de corroborar los múltiples beneficios de valorar el límite, nos alerta sobre la otra cara del mismo: “aquella que exhibe incomodidad, tirantez e incluso crispación”, en otras palabras, propone realzar el “desgarro crítico” que produce conflicto y antagonismo. Richard enfatiza la necesidad de “rescatar el vitalismo crítico de la fuerza de provocación intelectual que surge de los choques e impugnaciones” con el propósito de seguir negando la faceta práctica y funcional del pluralismo transdisciplinario.

El artículo de George Yúdice, “Estudios culturales en la encrucijada de la incertidumbre”, reflexiona a posteriori no sólo sobre los debates que emergieron a partir de los paneles en Washington —específicamente los generados a partir del “fin de la alianza” anunciado por García Canclini en respuesta al balance de Beverley sobre los diversos proyectos en pugna al interior de los estudios culturales— sino también sobre la constatación retroactiva que el atentado del 11 de septiembre produce: ni la época ni el mundo siguen siendo los mismos. En consecuencia, Yúdice propone cuestionar el oscuro y ansiado objeto de los estudios culturales, el papel de “la cultura como terreno importante de lucha social” de obvia raigambre gramsciana, y reorientarlo hacia “una crítica del nuevo

o acaso no tan nuevo imperialismo”, crítica en la cual se le dé renovada “prioridad a la economía política”.

Como su subtítulo lo indica, “Estudios y procesos culturales latinoamericanos” de Marc Zimmerman, es un collage de anécdotas y meditaciones autobiográficas entrelazadas a cuestionamientos existenciales y socio-políticos. En una dimensión explosiva, el supuesto (des)orden presentado hilvana reflexiones sobre experiencias y momentos específicos que se suceden desde 1979 —la toma de Managua por los Sandinistas— hasta las consecuencias actuales del 11 de septiembre. Una tenaz defensa del pluralismo democrático y una ácida crítica al autoritarismo, “¡Todos, toditos, toditos al paredón!”, subyacen a todas estas cavilaciones. Quizás para Zimmerman, la congoja más alarmante es el balance resultante de la implosión teórica de las últimas décadas: ¿cuál será verdaderamente el legado teórico de tanta teoría? ¿Qué valores éticos de transformación socio-política pueden heredar las nuevas generaciones cuando las estrellas académicas sólo aspiran a brillar con intensidad en el firmamento del presente, sin prestar atención a las huellas que podrían estar dejando en los estrechos senderos que transitan?

Abril Trigo
Ana Del Sarto
Alicia Ríos